

La señal de Jonás

Dr. Justo L. González



La convocación de HSP
Brite Divinity School
6 de junio de 2022

La señal de Jonás

Estamos aquí porque de algún modo, en un momento u otro, nos hemos comprometido con Dios. Con un Dios a quien escuchamos decir, como Isaías, “¿A quién enviaré, y quién nos irá?”, y cada uno de nosotros respondió, “Heme aquí. Envíame a mí”. Por ello, la imagen del profeta que responde a su llamado es importante para cada uno de nosotros, ya sea que hayamos sido llamados de entre los campos y las cosechas, como Amós, de en medio de dificultades y tragedias familiares, como Óseas, o de entre las familias sacerdotales, como Jeremías. Lo más común para nosotros es hacernos una idea del profeta como figura heroica, al estilo de Débora, y luego aplicarnos esa imagen a nosotros mismos, como portavoces heroicos de la palabra de Dios.

Pero en el pasaje del Antiguo Testamento que ha sido leído, y en todo el libro de Jonás, nos encontramos con otra dimensión de la imagen del profeta. Se trata del profeta renuente, del profeta de mala gana, del profeta que no quiere ir. Jonás no es profeta al estilo de Isaías, “Heme aquí, envíame a mí”. Jonás es profeta a la fuerza y sin ganas. Jonás es el profeta a quien Dios le dice, «ve a Nínive», hacia el oriente, pero él se va a Jope y toma una nave hacia Tarsis, al extremo occidental del mundo conocido. Dios le dice, “por allá”; y él responde, “no; por allá”.

Contrariamente a lo que se ha dicho, Jonás no es renuente por cobarde. Al contrario, cuando en alta mar se levanta la tormenta es él quien les dice a los marineros que él tiene la culpa, y les

sugiere que le arrojen al mar. No. Jonás no es renuente por cobarde. Jonás es renuente porque es realista. Y es realista en dos direcciones.

En primer lugar, Jonás sabe qué es esa ciudad de Nínive y quiénes son los ninivitas. Son los enemigos jurados de Israel. Son uno de los pueblos más temibles y crueles sobre la faz de la tierra. Son imperialistas que han conquistado y esclavizado a todos los pueblos más pequeños en su derredor. Son militaristas, amadores de la violencia y la rapiña. Los idólatras que justifican su vicio y su maldad inventándose dioses igualmente viciosos y malévolos. Desde el punto de vista de Jonás, son los últimos a quienes debe predicarse, y los que menos merecen advertencia del mal que Dios proyecta contra ellos. Esa es la primera razón por la que Jonás se muestra renuente: porque sabe quiénes son los ninivitas.

Pero la segunda razón, igualmente importante, es la que más nos sorprende: Jonás se muestra renuente, Jonás no quiere ir, porque sabe quién es Dios. Así lo dice él mismo en el versículo dos del texto leído: “Por eso me apresuré a huir a Tarsis; porque sabía yo que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia, y que te arrepientes del mal”. En otras palabras, que Jonás conoce la misericordia de Dios. Jonás es parte del pueblo que vive gracias a esa misericordia. Pero esa misericordia por la que vive Jonás, Jonás no quiere compartirla con los odiados ninivitas. Jonás es renuente porque sabe que este extraño Dios de Israel es capaz de perdonar y de amar hasta a los ninivitas. Y Jonás no concuerda.

Esto me recuerda un fenómeno que veo frecuentemente en las iglesias de la cultura dominante en este país. En muchas de ellas, y ciertamente en mi propia denominación, la Iglesia Metodista Unida, hay muchas personas que se quejan de que la iglesia no es suficientemente agresiva en su tarea evangelizadora, que deberíamos llamar a las gentes a Cristo, que nuestra falta de crecimiento numérico es señal de falta de fe. Pero lo que resulta interesante es que cuando la labor evangelizadora de la iglesia comienza a tener verdadero éxito, y la iglesia comienza a crecer rápidamente entre las minorías étnicas, a veces son esas mismas personas las que resienten lo que acontece. Quieren crecimiento y evangelización; pero entre gentes como ellos mismos, de la misma cultura y raza, que no vengán a cambiar la iglesia ni a amenazar sus posiciones de poder. Como Jonás, posiblemente estarían muy dispuestos a ir a Jerusalén. ¡Pero que no se les mande a Nínive! En ese caso, lo que hacen es embarcarse para Tarsis--o, en términos modernos, empezar a hablar de presupuestos y de comités, y olvidarse de la misma evangelización que antes les pareció tan importante.

Puesto que el libro de Jonás tiene mucho de ironía y hasta de sátira, fácil nos sería burlarnos del profeta, del marco limitado de su obediencia, de su fútil intento de huir del Dios inescapable. Pero la ironía del libro tiene otro propósito: hacernos ver lo ridículo de nuestros propios intentos de enmarcar a Dios dentro de nuestros moldes, de limitar el campo de nuestra obediencia, y de huir así del Dios a quien decimos servir.

Porque nosotros tenemos también nuestras Nínives. Las tenemos nosotros, y las han tenido los cristianos a través de toda la historia de la iglesia.

Para algunos de nosotros, Nínive es la iglesia de la cultura dominante. Si los ninivitas oprimían a Israel, la cultura dominante ha oprimido y sigue oprimiendo a nuestro pueblo. En muchas de nuestras denominaciones, hay una historia larga de cómo el pueblo latino ha sido relegado a segundo plano, cómo la iglesia de la cultura dominante ha contribuido a desposeernos de nuestras tierras y nuestra cultura, cómo a los pastores de nuestro pueblo se les paga menos, se les coloca en posiciones de inferioridad, etc. En general, en toda la historia de esta sociedad, es fácil documentar casos en los que las gentes de la cultura dominante han utilizado su poder para supeditar o para soslayar a nuestra gente.

En vista de esa historia, existe y se entiende entre nosotros cierta renuencia a ir a esa Nínive. Estamos contentos entre nosotros, cantando nuestros coros, hablando nuestra lengua, adorando en nuestro estilo. La iglesia es uno de los pocos ámbitos en los que tenemos espacio para ser quienes somos. Aquí estamos contentos. Y aquí queremos quedarnos.

Pero no. El mensaje no es solamente para nosotros, sino para todos—inclusive para aquellos que no nos caen bien, o que quisiéramos dejar fuera. Porque el Dios nuestro, como el Dios de Jonás, es un Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia, y que se arrepiente del mal— inclusive del mal que tenía deparado para Nínive

Para algunos cristianos, «Nínive» es el mundo de la vida intelectual. Dios es Señor de todo, decimos, pero no investigues demasiado las cosas, no sea que pierdas la fe. Nuestros jóvenes que van a la universidad, o los que estudian en el seminario, dicen algunos, pierden la fe. Las ciencias que tratan de entender los mecanismos de la vida, el funcionamiento de la sociedad y los misterios de la mente son para los incrédulos; a nosotros nos basta con creer.

Tales actitudes han prevalecido entre muchos cristianos por décadas, con el triste resultado de que la ciencia, como la Nínive de antaño antes de escuchar el mensaje del profeta, ha seguido por su propio camino, ajena de Dios y de su poder. Si los filósofos tratan de explicar la vida y el mundo sin hacer referencia a Dios, esto se debe en buena medida a que los cristianos han abandonado la filosofía en manos de los incrédulos, como el Jonás de antaño quiso hacerlo con Nínive.

«Nínive» es también la vida política. Según lo que se predica y enseña en algunas de nuestras iglesias, tal pareciera que Dios es Señor de todo, menos de la vida política. Claro está que la política es un campo donde abunda la corrupción y los malos manejos. También lo era, y en mucho mayor grado, la Nínive a donde Dios envió a Jonás. Dios mismo le dice que la razón por la cual ha de ir a Nínive es precisamente que «ha subido su maldad delante de mí». Por tanto, el que haya maldad en la política no quiere decir que los cristianos deban ausentarse de ella. Pero lo que los cristianos y la iglesia hacemos con demasiada frecuencia es dejarles todo el ámbito de la política a los poderes del mal, y luego quejarnos de lo mal que andan las cosas—como si

Jonás, luego de negarse a ir a Nínive, se lamentara por la maldad que reinaba en esa ciudad.

Lo que tenemos que entender de una vez por todas es que si Jonás es profeta, es para que vaya a Nínive. Sin Nínive, Jonás no es profeta, porque el propósito para el cual Dios llama a Jonás no es tanto la salvación de Jonás como la salvación de Nínive. El propósito para el cual Dios nos ha llamado no es nuestra propia salvación, sino la salvación de tanta Nínive que nos rodea. El propósito para el cual estudiamos y nos preparamos no es nuestro propio éxito, sino el amor de Dios hacia un mundo en que hay tan poco amor.

Porque en fin de cuentas el libro de Jonás no trata sobre todo de Jonás, ni de un gran pez, ni de la gran ciudad de Nínive, sino que trata sobre todo de ese extraño Dios de Jonás y de Israel--y Dios también de Nínive, aunque Nínive no lo sepa; de ese extraño Dios que es clemente y piadoso, tardo en enojarse y de grande misericordia.

Este extraño Dios a quien servimos, y a quien Jonás sirve aunque sea de mala gana, no es Dios que se deje llevar por los gustos y las inclinaciones de los humanos.

Empero la fuga no es solamente fuga de algo o alguien, sino también fuga hacia algo o alguien. Si Nínive es motivo de fuga, Tarsis es su meta. Jonás no es hombre de medias tintas. Si decide esconderse del mandato divino, lo va a hacer a plenitud. No solamente se esconde, sino que busca el escondedero más lejano, el que mejor le va a ocultar de «la presencia de Dios». Dios le

dice que vaya hacia el oriente, a Nínive, y él va a huir, no solamente hacia el occidente, sino hasta los extremos occidentales del mundo conocido.

Cuando Dios nos llama a las «Nínives» donde no queremos ir, por lo general no basta con huir, sino que hay que huir a otra parte, buscar un escondite donde creemos que Dios no nos encontrará. Y, por ridícula y fútil que parezca la actitud de Jonás, queriendo «huir de la presencia de Dios», lo cierto es que nosotros también adoptamos la misma actitud.

¿Dónde está Tarsis para nosotros? Esto depende en cierta medida de cuál sea la Nínive al que pretendemos huir. Si nuestra Nínive es la vida intelectual, nuestra Tarsis bien puede ser un fideísmo fanático y literalista.

Lo que está detrás del fideísmo ciego de mucho de nuestro pueblo es un terror a la Nínive de la investigación intelectual. De igual modo que Jonás pudo temer que Nínive, una vez salvada de la destrucción, destruyera a Israel, así también estas personas temen que el pensamiento y la investigación destruirán la fe. Pero lo cierto es que, si Jonás teme que Nínive destruya a Israel, esto es por falta de fe; y, si los cristianos a veces tememos que el intelecto destruya la fe, esto es también por falta de fe.

Algo semejante sucede con esa otra «Nínive» que es el barrio, y lo peor del barrio. Para esa otra Nínive también hay una Tarsis. En este caso, la Tarsis a donde huimos con más frecuencia es

nuestra preocupación por el bien de la iglesia. Hace algún tiempo, discutiendo la responsabilidad evangelizadora en una clase de adultos en la escuela dominical, alguien dijo que debíamos tener cuidado, pues si llenamos la iglesia de personas «dudosas» la gente dudará de la iglesia misma. La discusión que siguió fue muy interesante. Una señora se quejó de que en el grupo de jóvenes había algunos que venían «de la calle», y que ella no quería que se relacionaran con su hija. Un caballero de porte distinguido añadió que el mejor modo de evangelizar es cuidar del prestigio de la iglesia, y que hay gente cuya presencia desprestigia. Por tanto, según él, lo que la iglesia debía hacer era acercarse primero a las personas de más prestigio en la comunidad, para a través de ellas traer a los demás. Una tercera persona aprovechó la oportunidad para quejarse del «mal olor» de algunos de los obreros que habían comenzado a venir a la iglesia unas semanas antes. Todos estaban muy contentos defendiendo a la iglesia de toda clase de «indeseables», cuando una anciana encorvada, la mujer más respetada y querida de toda la iglesia, dijo en voz baja, pero firme: «Y yo que creía que la iglesia era otra cosa. Yo que creía que Jesús vino a buscar lo que estaba perdido. Yo que fui una de esas que estaba perdida. Pero, en fin, todos los días se aprende algo nuevo».

La anciana estaba poniendo el dedo sobre la llaga. Lo que aquella clase estaba haciendo era esconderse tras la cuestión del supuesto prestigio de la iglesia para no ir a ciertas «Nínives» que temía. Cosa rara, por tanto: para aquella clase, la iglesia misma, su prestigio y pureza, se habían vuelto una «Tarsis» donde huir de la obediencia al mandato divino.

Y hay otra Tarsis que es particularmente pertinente para nosotros. Es la Tarsis de posponer toda acción hasta tanto tengamos resueltos todos los problemas que nuestra curiosidad. nos plantea. A principios del siglo quinto hubo un fuerte debate en cuanto a si la planta que cobijó a Jonás fue una calabacera o una hiedra. Mientras se debatía si era hiedra o calabaza, la vieja civilización romana se venía abajo. Pero tanto los «calabacistas» como los «hiedristas» parecían más preocupados por definir el carácter exacto de la famosa planta, que por responder a los retos de su tiempo en obediencia a Dios. En tiempos más recientes, ha habido quien se ha enfrascado en fuertes debates sobre qué clase de animal se tragó a Jonás, si fue un pez o una ballena. Otros creen que lo más importante es determinar si el libro es historia o si es una parábola. Y mientras discutimos todo esto, Dios nos sigue llamando a las Nínives de hoy. ¿No habrá el peligro de que nuestras discusiones, que decimos emprender por respeto a la Biblia, sean en realidad un modo más, y muy sutil, en que el Maligno nos tienta a huir de la presencia de Dios?

Pero lo más extraño de todo este sorprendente libro de Jonás es el modo en que el libro termina: «¿Y no tendré yo piedad de Nínive, aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda, y muchos animales?».

A nosotros nos sería fácil comprender el deseo de Dios de no destruir una ciudad que se había vuelto un centro de civilización, cuyo rey gobernaba sobre millones de súbditos, cuyas maravillas arquitectónicas sorprenderían a los visitantes, cuya biblioteca enriquecería los

conocimientos del mundo, cuyos caminos se extendían hacia los cuatro rincones del mundo conocido. Nada tendría de extraño el que Dios quisiera salvar tal ciudad.

Pero esas no son las razones por las que Dios quiere perdonar a Nínive. Las razones son, sencillamente, los 120.000 pequeñuelos que todavía no saben distinguir entre su mano derecha y su mano izquierda, y los muchos animales que hay en la ciudad. Cuando este extraño Dios nuestro mira hacia Nínive y decide salvarla, lo que más le interesa a Dios no es el rey de Nínive con toda su corte, sino los niños; no los ejércitos de Nínive, sino los animales. Quienes no conozcan a este extraño Dios bien pueden pensar que la seguridad de Nínive estriba en sus ejércitos, en su tesoro nacional, en la astucia de sus jefes, y en su rey. Pero Dios le dice a Jonás que las cosas son muy distintas de lo que parecen. ¡Dios ha tenido compasión de Nínive a causa de sus niños y de sus animales!

Por extraño que pueda parecernos, esto es lo que las Escrituras nos dicen repetidamente acerca de Dios. El mismo Dios que perdonó a Nínive nos dijo en Jesucristo que los postreros serán primeros, y es un Dios que siempre ha mostrado más respeto hacia los pequeños que hacia los grandes, hacia los niños que hacia los ejércitos, hacia los pecadores que hacia los que se creen santos

Si este pasaje verdaderamente describe la naturaleza de Dios, se sigue que cada mañana, cuando Dios decide concederle un día más a esta nación en que vivimos, o a cualquiera otra

nación del globo, Dios no lo hace porque esté mirando al poder de las armas nacionales, a la sabiduría de las universidades, o a la astucia de los gobernantes. Eso pueden imaginarse los militares y los gobernantes que hablan de la «seguridad nacional» como si se tratara de algo que ellos mismos pudieran producir a fuerza de más armas y mayor control. Pero lo cierto es que la seguridad nacional de hoy, como la de Nínive antaño, está en aquéllos a quienes Dios mira con especial favor, aun cuando los gobernantes y los planificadores los desprecien: ¡los niños y los animales! Si nuestra civilización corrupta perdura, quizá sea porque sobre ella Dios diga lo mismo que dijo antaño sobre Nínive: «¿No tendré yo piedad de Nínive, aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda, y muchos animales?».

Lo que es cierto de las naciones y las civilizaciones es también cierto de la iglesia. La iglesia está firme y perdura, no porque cuente con grandes edificios, o con un presupuesto de tantos y tantos miles o millones de dólares, o porque sus jefes hagan buenas decisiones, o porque en sus seminarios se enseñe buena teología. Todo esto es importante, y tenemos que asegurarnos de que la iglesia maneje bien sus fondos, que sus jefes hagan decisiones sabias, que su teología sea correcta. Pero mucho más importante que todo eso es el hecho de que la iglesia está firme y perdura porque se basa en «la piedra que los constructores rechazaron»—como Jonás rechazó a Nínive—pero que ahora ha venido a ser piedra del ángulo. Este extraño Dios nuestro, que perdona a Nínive por sus niños y sus animales, se nos ha dado a conocer en Uno a quienes los jefes religiosos rechazaron y a quienes los jefes políticos crucificaron; en Uno cuya suprema

santidad se manifestaba en que comía con los pecadores; en Uno que mostraba especial cuidado por los niños y los menesterosos.

En estos días de perplejidad, frente a cambios en la iglesia y cambios en el mundo, a todos nos gusta buscar señales. Quisiéramos que el cielo se abriera y que una columna de fuego nos mostrara el camino a seguir. Pero, como a aquella otra generación de antaño, lo más probable es que no nos será dada ninguna otra señal, sino la señal de Jonás. La señal de los ninivitas, que están más dispuestos que el profeta de Dios a escuchar y obedecer la palabra de Dios. La señal de la reina de Sabá, que muestra mayor sabiduría que el mismo Salomón. La señal de Jesús, que el Crucificado reina, que los pobres reciben buenas nuevas, que los que estaban lejos son traídos cerca. Esto puede que no nos guste. Quizás, como Jonás, quisiéramos que la gracia y la misericordia de Dios se limitaran a las gentes como nosotros. Pero el hecho es que no nos será dada otra señal. La pregunta entonces es, ¿qué actitud tomaremos? ¿Seremos como Jonás, lamentándonos y deseando morir porque no nos gusta lo que Dios en su misericordia está haciendo? ¿O seremos capaces de regocijarnos en la obra de Dios, recordando que nosotros también vivimos por la misma misericordia?